

excelsos que pueden ofrocerse a la inspiración de un artista cristiano, ¿quien negará, sabiendo ver y sentir, que Salcillo alcanza las alturas del verdadero genio? Sostenido por aquel *Angel*, que es el *Angel* por auto-nomasia, su *Cristo* de la *Oración* muestra en su faz divina todo el horror del caliz que ha de consumir por salvarnos. Su *cristo* del *Prendimiento* no tiene par en cuantas representaciones artísticas se han hecho de tal escena; ningún otro ha llegado a aquella suprema dignidad con que recibe resignado la traición del falso Apóstol; Judas no podrá ya resistir el torcedor de ese recuerdo; para librarse de él lo ahorcará su desesperación. Pues ¿y el *Cristo* de la *Caida*? Los que regatean a Salcillo el sentimiento religioso, vuelvan a contemplar sin prejuicios tamaña creación; pero en la calle, en su luz, en su ambiente; a ver quien deja entonces de experimentar la emoción de aquella mirada hipnotizadora, de la divina majestad de aquel rostro, de aquella honda amargura y aquella infinita mansedumbre. Nadie jamás, ni Rafael, ni el Ticiano, ni el sevillano Montañés, ni Gregorio Hernández en la cumbre de su inspiración, nadie ha representado la imágen del Rededor con tanta fuerza de verdad, y al mismo tiempo, de modo tan sublime. Por la emoción estética se nos mete la idea en el alma, y comprendemos que quien padece es el Hijo del Hombre, y que padece por el Hombre, es decir, por nosotros.

(Leído por el Sr. Díez de Revenga y Rodríguez).

